

## Concurso de Relatos Cortos IES Pando

### El Anciano

4 de Marzo de 2009. En algún lugar de Manhattan.

Un anciano se despierta en un antro oscuro. No sabe quién es, no sabe donde está ni porqué. Poco a poco, sus ojos van adaptándose a la oscuridad que lo envuelve todo y vislumbra su entorno. No está en una habitación. Está en una mazmorra. Trata de moverse, pero se percata de que hay unos grilletes que le oprimen las muñecas y los tobillos. Entorna los ojos, observando a su alrededor, pero parece que no hay nadie.

Un rato después, el anciano vislumbra una luz tenue que se va agrandando poco a poco. Se acerca alguien. El individuo abre la celda y se dirige hacia el anciano. El individuo, alto, ancho y con una capucha que le cubre todo el rostro, se planta delante del anciano. En un movimiento ágil y poderoso, le agarra flagrantemente del cuello y le observa, ladeando ligeramente el cuello, cual animal curioso mirando a su presa. Lo suelta con la misma rapidez con la que le aferró y se marcha. El anciano trata de llamarle y preguntarle qué hace ahí, pero es inútil. Debido a la sed, tiene la garganta tan seca que no puede articular sonido alguno. El encapuchado cierra la celda y se marcha con su farolillo silenciosamente.

El anciano sigue fijándose ante cualquier movimiento. Debido a esto, descubre en el techo unas figuras humanas colgando. Parecen inertes. Se estremece pensando si correrá la misma suerte que esos desgraciados.

Estando en estas cavilaciones sobre su destino, no se percata de que otro monje, algo más menudo que el anterior abre la celda y entra dentro. Le da al anciano un cuenco con algo que parece agua. Por fin ve calmada su sed. El encapuchado le quita los grilletes de las muñecas y se los cambia por otros con una cadena. También le quita los de los tobillos. Luego, le guía hasta la salida de la celda. Salen a un pasillo largo y oscuro, sólo iluminado por la tímida luz del farolillo del monje. El anciano empieza a preguntar las cuestiones que tanto le angustian. -¿Por qué estoy aquí?- pregunta. El monje sigue con su eterno silencio. -¿A dónde me lleva?- El silencio del monje

empieza a ser irritante para el anciano. Llegan a una puerta. El encapuchado saca un manojo de llaves de su bolsillo y la abre.

El anciano se ve cegado por la, aunque débil, claridad de siguiente pasillo al que salieron. Éste, iluminado por numerosas antorchas que lo recorren, es semejante al de un castillo medieval, con paredes de ladrillo, húmedas y antiguas. Gracias a la repentina claridad, el anciano puede distinguir sus ropajes. Está vestido con un camisón de tela, con un número bordado en el pecho, el número 1. La ropa del encapuchado no es menos ambigua, es una amplia túnica con capucha, atada a la cintura con un cordel. -Son hábitos de monje- piensa el anciano. El pasillo es interminable, y alterna subidas, bajadas, curvas y largos tramos llanos. Poco a poco, el hambre y el cansancio, propiciado por la sed, se apoderan del anciano. -Estoy agotado y tengo hambre -suplica el anciano- por favor, paremos-. El monje no disminuye un ápice su velocidad. Afortunadamente, llegan a una bifurcación que les conduce a una puerta. El monje la abre y se encuentran con una habitación, con una silla y otra puerta al fondo. El monje cierra la puerta y encaja las cadenas del anciano en la pared, de la que cuelga una argolla. Se va por la otra puerta.

El anciano intenta recordar algo, pero esto le produce un intenso dolor de cabeza. Debido al hambre, comienza a marearse y sus fuerzas flaquean. Pierde la noción del tiempo, no sabe si han pasado dos horas o dos minutos desde que le condujeron hacia la habitación. De pronto, se percata de que el mismo monje corpulento que le condujo allí le está quitando los grilletes y cadenas y lo conduce hacia la puerta por la que salió. Entra a un amplio salón, muy semejante a un tribunal. Está presidido por otro monje subido en un estrado, esta vez descapuchado, con barba oscura. El anciano es sentado en una silla con cadenas, y el monje-juez comienza su discurso: -"Prisionero número 1, Miles Bennett Dyson, acusado de perjurio contra la Iglesia, comparece ante el tribunal de los 12 para decidir su destino"- enuncia en voz alta y penetrante -"¿Se considera usted culpable de sus pecados?"- Dyson no contesta inmediatamente. -No sé si soy o no culpable, no me acuerdo de nada- responde penosamente. -Se lo voy a formular de distinta forma, ¿se arrepiente de sus pecados? Dyson no responde. -Muy bien, en vista de los acontecimientos, llevad al número 1 a la celda del número 2, a ver si se le refresca la memoria-. Responde solemnemente el juez.

El monje corpulento le conduce de nuevo fuera del tribunal por un largo pasillo, por el cual, al final, un puente sorteja un profundo pozo. Se encuentran con una puerta con una pequeña ventana con rejas. El monje saca las llaves, escoge una y la abre.

Empuja dentro a Dyson. Éste está tan cansado que se desvanece sobre una de las dos camas de la habitación.

Despierta mucho tiempo después. Se incorpora y se sienta. Hay una bandeja a los pies de su cama. Tiene un plato con un filete con patatas. Dyson lo engulle todo con avidez. También bebe toda el agua de la jarra que había al lado. -¿Tenías hambre eh?- Murmura una voz. Dyson alza la vista rápidamente y casi se muere del susto. Un individuo sentado en la cama de enfrente lo mira fijamente. -No quise despertarte porque estabas muy cansado- continúa -¿No te acuerdas de mí?-. Ante el gesto de extrañeza de Dyson prosigue. -Tienes que saber quién soy, trabajaste conmigo hace un semana en el laboratorio de biología de Manhattan-. -No me acuerdo de nada desde que estoy aquí, ni siquiera sé quién soy- solloza Dyson. -Escucha, tú eres Miles Dyson, y trabajas en el laboratorio de biología de Manhattan conmigo, William Velasco, y acabamos de descubrir una cosa que revolucionará el mundo de la medicina, pero no recuerdo qué es- explica el hombre. -Seguramente ese descubrimiento es el pecado del que me tengo que arrepentir- dice Dyson -¿Ya te han llevado al Tribunal?- responde el tal Velasco -A mí me han dicho lo mismo que a ti-. -¿Donde crees que estamos?- pregunta Dyson.- ¿Está claro no?- responde Velasco -Estamos en el infierno-. Tras estas palabras, Dyson se desmaya de nuevo.

Sueña con unos hombres encapuchados alrededor de una mesa de laboratorio, pero de pronto, se ve a sí mismo inyectándole una sustancia verdosa a una célula. Dyson se despierta sudando. -"Descubrimos una vacuna contra el embarazo no deseado"- explica Dyson a Velasco. Velasco se levanta. -¿Adónde vas?- le pregunta Dyson. -Le voy a pedir el desayuno al celador. Velasco sale de la habitación para hablar con el monje corpulento, que estaba en la puerta. El monje se inclina para ver mejor a Dyson y le dice a Velasco en voz alta: "Eres libre". Tras esto, Velasco se va de allí corriendo. Dyson no sabe qué pensar. -Velasco me ha vendido.- piensa para sus adentros- No creo siquiera que se llame así-. Poco después regresa apresuradamente el celador. -Has sido convocado de nuevo al tribunal- . Le conduce hasta allí otra vez y le sienta en la misma silla. El monje de la barba oscura habla de nuevo: "A la luz de los acontecimientos, no nos queda más remedio que inculcarle la pena máxima". -¿Me van a matar?- pregunta Dyson. -¡Silencio!- exclama el juez- no le vamos a matar, sólo vamos a experimentar con usted, no es nada malo, ya que usted lo hacía cada día-. -¡No! ¡No pueden hacerme esto! ¡Si he hecho algo malo, les pido perdón de corazón!- grita Dyson. "Ya es tarde para el arrepentimiento".

El monje corpulento conduce a Dyson hacia otra puerta. Dyson trata de resistirse, pero es inútil, la fuerza del monje parece sobrehumana. La puerta es más oscura que las demás, y tiene un crucifijo clavado. Entran dentro. La sala es como un quirófano con un toque siniestro. Hay una cama metálica con numerosas sujeciones, y mesas llenas de instrumentos quirúrgicos, con la salvedad de que en una hay una pistola. El monje deja a Dyson allí, coge la pistola y se marcha.

Dyson comienza a cavilar sobre lo que ocurrirá, pero se le ocurre una idea. Al lado de la cama metálica hay una barra con ruedas, y en un extremo una bolsa con suero. Dyson quita la bolsa y coge la barra. Se agazapa junto a la puerta y espera un buen rato.

De pronto, la puerta se abre, y Dyson, en un rápido movimiento, golpea las espinillas del monje que entra. Pero no es un monje, por su bata parece un cirujano. Éste, trastabilla, cae y pierde la pistola. Rápidamente, Dyson la pisa justo antes de que la cogiese el monje. -¡Que no se mueva nadie!- exclama Dyson- incluido tú- dice refiriéndose al cirujano. Dyson, pistola en mano, entra de nuevo en el tribunal. -¡Quiero salir de aquí, así que uno de vosotros me va a conducir hasta la salida!- replica. Los monjes parecen asustados, pero no se mueven. Dyson dispara dos veces al aire. Los monjes se apresuran hacia él, pero de pronto se detienen. "No has debido darme la espalda"- dice una voz a su espalda. A Dyson no le da tiempo a girarse y recibe un intenso dolor en la cabeza que le hace perder el conocimiento.

Dyson despierta en una cama, pero no en la cama fría y metálica del quirófano siniestro, sino en una confortable cama, cuyas sábanas rezan: "HOSPITAL GENERAL DE MANHATTAN". "Todo ha sido una pesadilla, una horrible pesadilla". Se incorpora, y se levanta. Se dirige al baño de la habitación para refrescarse un poco, pero un intenso dolor en la espalda le hace mirársela al espejo. Una enorme cicatriz recorre su espalda de arriba abajo. "¿Qué me han hecho?"-piensa. Un policía entra en la habitación, y antes de que Dyson abra la boca, le dice: "Tranquilo, te llevaré a casa, y por el camino te lo explicaré todo".

"Miles Bennett Dyson muere súbitamente el 21 de Julio de ese mismo año debido a un tumor desconocido de columna. A su funeral sólo asiste una persona llamada William Velasco, que asegura haber trabajado en un laboratorio de biología con él."